

Y la marquesa, que se había vuelto seca como sus huesos, desigual como su tez y agria como su voz, continuó en este tono soltando atroces epigramas. La mayor tontería que puede hacer un marido es hablar de su mujer, cuando es virtuosa, á su querida, ó hablar de su querida, cuando es hermosa, á su mujer. Pero Calixto no había recibido aun esa especie de educación parisiense que es preciso denominar la cortesía de las pasiones, y no sabía ni mentir á su mujer, ni decir la verdad á su querida, dos cosas estas necesarias para poder manejar á las mujeres. Así es que se vió obligado á emplear todo el poder de su pasión para obtener de Beatriz un perdón solicitado durante dos horas, negado por un ángel corroído, que levantaba los ojos al techo para no ver al culpable y que le daba sus quejas con voz entrecortada por unas cuantas lágrimas enjugadas furtivamente con el encaje del pañuelo.

—¡Hablarme de su mujer al día siguiente de mi falta. ¿Por qué no me dice usted que es una perla de virtud? Sí, ya lo sé, ella le quiere á usted porque le encuentra hermoso, ¡qué depravación! Yo sólo amo su alma porque, sépalo, es usted horroroso comparado con algunos pastores de la campiña de Roma... etc.

Esta fraseología podía sorprender, pero constituía un sistema profundamente meditado por Beatriz. En la tercera encarnación, pues en cada pasión la mujer cambia por completo, se hacen grandes progresos en la escuela del engaño, única palabra con que puede denominarse la experiencia que se adquiere con tales aventuras. Ahora bien, la marquesa de Rochefide se había juzgado al espejo. Las mujeres de talento no se engañan nunca á sí mismas; cuentan sus arrugas, se conocen á las mil maravillas, y así lo hacen ver con los grandes esfuerzos que realizan para conservarse. De modo que para luchar con una joven espléndida y poder obtener triunfos, Beatriz se armaba con la ciencia del tocador. Sin confesarse la fealdad de este plan, y arrastrada á emplear estos medios por la pasión turca que sentía por Calixto, la marquesa se había propuesto hacerle creer que era feo y deforme, y portarse con él como si le odiase. Ningún sistema es mejor que este con los hombres conquistadores por naturaleza. Encontrar este sabio desdén que vencer ¿no equivale para ellos al triunfo del primer día, renovado todos los días? Más aún; es la adulación disfrazada con la librea del odio, y un hombre

no puede menos de decirse entonces: «¡Soy irresistible!» ó bien: «¡Debo saber amar cuando sé vencer su repugnancia!» Si negáis este principio adivinado por las coquetas y las cortesanas de todas las zonas sociales, neguem los tenorios de oficio. Beatriz había añadido al empleo del desprecio, como arma moral, la comparación perpetua del bienestar poético y comfortable de su casa, en competencia continua con el del palacio de Guenic. Toda esposa cansada que se abandona, abandona también su hogar. Previendo esto, la señora de Rochefide empezaba á hacer sordos ataques al hijo del arrabal Saint-Germain, calificado de estúpido por ella. La escena de la reconciliación, en la cual Beatriz hizo jurar odio á la esposa que, según ella, desempeñaba la comedia de fingirse enferma, ocurrió en un verdadero vergel donde ella hacía carantoñas rodeada de hermosas flores y de jardinerías sumamente lujosas. La ciencia de las insignificancias y de las bagatelas á la moda fué puesta en práctica por ella hasta el extremo. Al verse despreciada por Conti, Beatriz deseó al menos la gloria de la perversidad. La desgracia de una esposa joven, de una Grandlieu rica y hermosa, iba á ser para ella un pedestal.

Cuando una mujer acaba de criar á su primer hijo, se vuelve encantadora y se embellece, y si esta fase de la maternidad rejuvenece á las mujeres de alguna edad, comunica á las jóvenes un brío, un esplendor y una actividad sorprendentes. Procurando reanudar las encantadoras costumbres de la luna de miel, Sabina vió que Calixto no era ya el mismo. La desgraciada, en lugar de entregarse á su dicha, se puso á observar á su marido; buscó el fatal perfume del adulterio y lo encontró. No queriendo confiar ya en su madre ni en su amiga, que habían tenido la caridad de engañarla, quiso tener la certidumbre de su desgracia, y la certidumbre no se dejó esperar. La certidumbre no falta nunca, y es en amor una repetición de la fábula del leñador llamando á la Muerte.

Una mañana, quince días después de la terrible crisis, Sabina recibió esta terrible carta:

A LA SEÑORA BARONESA DE GUENIC

«Gueranda.

»Querida hija: Mi cuñada Ceferina y yo nos hemos devanado los sesos pensando en el tocador á que se refiere usted, y hemos decidido escribirle á Calixto y rogarle á usted que perdone nuestra ignorancia. Usted no puede dudar de nuestros corazones. Su fortuna aumenta prodigiosamente, y gracias á los consejos de la señorita de Pen-Hoël, dentro de algunos años podrán ustedes contar con un capital considerable.

»Su carta, hija mía tan amada como si la hubiese llevado en mi seno y como si la hubiese criado en mis pechos, me ha sorprendido por su laconismo y sobre todo por su silencio acerca del pequeño Calixto. Del grande nada tiene usted que decirme, ya sé que es feliz; pero...» etc.

Sabina escribió lo siguiente en el reverso de esta carta y la colocó sobre la mesa despacho de Calixto: «No es posible que la noble Bretaña mienta.»

Calixto encontró esta carta y la leyó, y después de haber reconocido la letra de Sabina, la arrojó al fuego dispuesto á fingir que no la había visto. La esposa pasó una semana entera en medio de angustias cuya naturaleza podrán conocer únicamente las almas angelicales ó solitarias que no han sido contagiadas por el ángel malo. El silencio de Calixto asustaba á Sabina.

—Yo, que debía ser todo cariño y todo placer para él, le he desagradado, le he ofendido... Mi virtud se ha hecho odiosa y he humillado, sin duda, á mi idolo—se decía la joven esposa.

Estos pensamientos herian el corazón de Sabina, la cual sentía deseos de pedir perdón por su falta; pero la certidumbre no tardó en aportarle nuevas pruebas.

Atrevida é insolente, Beatriz escribió un día á Calixto á su casa; la señora de Guenic recibió la carta y se la entregó á su marido sin abrirla, pero le dejó con la muerte en el alma.

—Amigo mío, esa carta viene del Jockey Club. La conozco por el olor y el papel.

Calixto se puso encarnado y se la metió en el bolsillo.

—¿Por qué no la lees?

—Ya sé lo que dice.

La joven se sentó, y esta vez no tuvo fiebre, ni lloró, pero sí sintió una de esas rabias que conducen al crimen y que hacen desear la muerte. La criada le presentó al pequeño Calixto, y ella lo tomó en brazos para pasearlo. El niño, destetado recientemente, buscaba el pecho á través de las ropas.

—¿Cómo se acuerda el pobrecillo!—se dijo la madre.

Calixto se fué á leer la carta á su cuarto, y una vez que no estuvo presente, la pobre mujer empezó á llorar como lloran las mujeres cuando están solas.

El dolor, lo mismo que el placer, tiene su iniciación. Una crisis como la que había estado á punto de matar á Sabina no se repite nunca, como no se repiten las primicias de la vida. El primer golpe es el más terrible para el corazón, porque los demás se esperan y nuestras fuerzas se aprestan para la resistencia. Así es que Sabina, segura ya de la infidelidad de su esposo, llevaba tres horas sentada en un sillón con su hijo, cuando Gasselín se presentó á decirle:

—La mesa está puesta.

—Avisé usted al señor.

—El señor no come en casa, señora baronesa.

—¿Quién puede concebir el suplicio de una mujer de veintidós años que se encuentra sola en el inmenso comedor de un palacio antiguo, servida por silenciosos criados y en semejantes circunstancias?

—Diga usted que enganchen—dijo de pronto;—voy á los Italianos.

Y dicho esto, fué á vestirse espléndidamente para mostrarse ante el mundo sola y sonriente como una mujer feliz. En medio de los remordimientos que le había causado la petilla que había añadido á la carta de su suegra, había resuelto vencer y atraer hacia sí á Calixto mediante una habilidad excesiva, las virtudes de esposa y una ternura de cordero pascual. Quiso engañar á todo París. Sabina era como aman los cortesanos y los ángeles, con orgullo y humildad. Pero se representaba *Otello*, y cuando Rubini cantó *Il mio cor si divide*, la joven se marchó. La música es tres veces más poderosa que el poeta y que el actor, que son los dos poderes más grandes reunidos. Saviniano de Por-

tendure acompañó á Sabina hasta el coche sin poder explicarse su precipitada huida.

La señora de Guenic entró desde entonces en un período de sufrimientos propios de la aristocracia. Envidiosos, pobres, enfermos, cuando veáis en los brazos de las mujeres esas serpientes de oro con cabeza de diamantes, esos collares, esos medallones, decíos que esos víperos muerden, que esos collares tienen puntas venenosas y que esos medallones penetran en las carnes delicadas. Todo ese lujo se paga. En la situación de Sabina, las mujeres maldicen los placeres de la riqueza, no ven los dorados de sus salones, la seda se convierte en estopa, las flores exóticas son hortigas, los perfumes hieden, los milágrs de la cocina amargan y la vida se hace insoportable.

Dos ó tres ejemplos bastarán para demostrar este cambio que sufre un salón ó una mujer.

Convencida de la espantosa realidad, Sabina estudiaba á su marido cuando salía para adivinar cuál sería el fin de aquel día.

¡Y con qué furor contenido no soporta una mujer estos salvajes suplicios!... ¡Qué delirante alegría cuando sabía que su esposo no iba á la calle de Courcelles! Cuando Calixto volvía á casa, la observación de su frente, de su peinado, de sus ojos y de su actitud daba un horrible interés á detalles insignificantes, á fútiles observaciones que hacen perder á una mujer su nobleza y su dignidad. Estas funestas investigaciones, no comunicadas á nadie, acaban por corromper el corazón y por aniquilar las raíces delicadas que alimentan la santa confianza y el amor único.

Un día que Calixto se quedó en casa, no pudiendo ocultar su mal humor, lo encontró todo malo. Sabina fingióse cariñosa, humilde y alegre, y le dijo:

—Calixto, veo que estás enfadado conmigo. ¿No soy una buena esposa? ¿Qué encuentras en casa desagradable?

—Todas estas habitaciones están desnudas y frías; usted no entiende de esto.

—Pues ¿qué falta?

—Flores.

—Esta bien—se dijo para sus adentros Sabina;—al parecer, á la señora de Rochefide le gustan las flores.

Dos días después, las habitaciones habían cambiado por completo en el palacio de Guenic y nadie podía alabarse en

París de tener flores más hermosas que las que allí se encerraban.

Algún tiempo después, Calixto, una noche, después de comer, se quejó de frío dando vueltas en su asiento para mirar por dónde entraba el aire y buscando algo en torno suyo. Sabina procuró adivinar lo que significaba aquel nuevo capricho, pues sólo podía calificarse de capricho, toda vez que el palacio tenía un calorífero que calentaba las escaleras, las antesalas y los pasillos. Por fin, después de tres días de meditación, cayó en que su rival debía rodearse de un biombo para obtener esa semiobscuridad tan favorable para la decadencia del rostro, y adquirió uno de espejos y de una riqueza israelita.

—¿De dónde soplará el viento ahora?—se decía.

Pero aún no había caído en todas las astucias de la querida. Calixto comía en su casa malhumorado y devolvía los platos á los criados después de haber comido dos ó tres cucharadas.

—¿No está bueno?—le preguntaba Sabina desesperada al ver perdidos todos los esfuerzos que hacía yendo á conferenciar con el cocinero.

—No, ángel mío—respondía Calixto sin enfadarse,—es que no tengo gana.

Una mujer devorada por una pasión legítima y que lucha de este modo, se entrega á una especie de rabia para sobrepasar á su rival y traspasa á veces los límites de la consecuencia hasta en las regiones secretas del matrimonio. Este combate tan cruel, ardiente, incésante en las cosas visibles y, por decirlo así, en las cosas exteriores del matrimonio, tiene lugar también en las cosas del corazón. Sabina estudiaba sus posturas, su atavío y hasta los más insignificantes detalles de su persona.

La cuestión de la cocina duró cerca de un mes. Sabina, ayudada de Marieta y Gasselín, inventó astucias de comedia para saber cuáles eran los platos que la señora de Rochefide servía á Calixto. Gasselín reemplazó al cochero de su amo, que se fingió enfermo por orden de la señora, y de este modo, el anciano criado pudo trabar amistad con la cocinera de Beatriz, sabiendo así Sabina los secretos de la cocina de su rival; pero todavía no acabó en esto, pues su marido siguió mostrándose descontento.

—¿Qué falta ahora?—le preguntó ella un día.

—Nada—respondió Calixto buscando en la mesa un objeto que no existía.

—¡Ah!—exclamó Sabina al despertarse al día siguiente,—Calixto quería esos saltones é ingredientes ingleses que se venden en las farmacias. Al parecer, la señora de Rochefide le acostumbra á toda clase de picantes.

Sabina dió orden de que se adquiriesen aquellos productos; pero era imposible que estuviese al tanto de todas las innovaciones y preparativos inventados por su rival.

Este período duró algunos meses, lo cual no tiene nada de particular si se tienen en cuenta los atractivos que ofrece una lucha. La lucha es la vida; y á pesar de sus heridas y de sus dolores, es mil veces preferible á las tinieblas de la pena, al veneno del desprecio y á esa muerte del corazón que se llama indiferencia. Sin embargo, Sabina perdió por completo el valor cuando, al presentarse una noche ataviada de ese modo que inspira á las mujeres el deseo de sobrepujar una á otra, Calixto le dijo riéndose:

—¡Será inútil cuanto hagas, Sabina, porque nunca serás más que una hermosa andaluza!

—¡Ay de mí! ¡Dios mío!—respondió la joven dejándose caer sobre un sofá,—ya sé que no podré ser nunca rubia; pero lo que sí sé es que, si esto dura, no tardaré en tener treinta y cinco años.

Se negó á ir á los Italianos y quiso quedarse en casa toda la noche. Una vez sola, se arrancó las flores de los cabellos, se desnudó y pisoteó su chal y toda su demás ropa, enteramente lo mismo que una cabra montés cogida en un lazo de su cuerda y que no se detiene hasta que siente la muerte. Después se acostó, y figúrese cuál sería el asombro de la camarera al ver la habitación en aquel desorden.

—No es nada, ha sido el señor—le dijo Sabina.

Las mujeres desgraciadas tienen á veces sublimes fatuidades.

En esta situación, Sabina fué perdiendo las carnes, el pesar la corroía; pero no abandonó nunca el papel que se había impuesto. Sostenida por una especie de fiebre, sus labios rechazaban las palabras amargas que el dolor le sugería, y reprimía el odio que asomaba á sus magníficos ojos negros procurando que sus miradas fuesen, más que cariñosas, humildes. Por fin, su languidez no tardó en notarse, y la duquesa, excelente madre, aunque su devoción

se hubiese hecho cada vez más portuguesa, vió una causa mortal en el estado verdaderamente enfermizo de Sabina, y como sabía la intimidad que existía entre Calixto y Beatriz, procuró atraer á su hija á su casa para curar las llagas de su corazón y evitar que continuase su martirio; pero Sabina guardó silencio durante mucho tiempo, temiendo que quisiesen mediar entre ella y Calixto. ¡La pobre decía que era feliz! y en el colmo de la desgracia salía virtuosa y altiva. Pero, después de un mes durante el cual Sabina fué acariciada por su hermana Clotilde y por su madre, la esposa confesó sus penas, confió sus dolores, maldijo la vida, declaró que veía llegar la muerte con delirante alegría y rogó á Clotilde que se constituyese en madre del pequeño Calixto, que era el niño más hermoso que jamás raza real hubiese podido desear para presunto heredero.

Una noche, en presencia de su hermana Atenais, que debía casarse con el vizconde de Grandlieu al acabar la czaresma, de Clotilde y de la duquesa, Sabina lanzó los lamentos supremos de la agonía del corazón, provocados por el exceso de una última humillación.

—Atenais—le dijo á su hermana una vez que el vizconde de Grandlieu se retiró,—vas á casarte; que mi desgracia te sirva de ejemplo; guárdate como de un crimen de ataviarte para agradar á Justo; muéstrate indiferente, digna y fría, y mide la dicha que das por la que recibes. La cosa es infame, pero es necesaria... Mira, yo soy víctima de mis cualidades, y todo lo que yo tengo de santo, de bueno, de grande y hermoso se convierte en otros tantos escollos contra los cuales se deshace mi dicha. Cesó de agradar porque no tengo treinta y seis años. A los ojos de ciertos hombres, la juventud es un defecto. Una cosa sencilla no deja nada que adivinar. Yo me río francamente y hago mal, porque, para seducir, hay que saber preparar esa semisonrisa melancólica de los ángeles caídos que se ven obligados á esconder unos dientes largos, grandes y amarillos. Una tez fresca es monótona, y resulta, al parecer, preferible la tez de muñeca hecha con un poco de colorete, de polvos de arroz y de *cold-cream*. Yo soy honrada, y lo que gusta es la perversidad. Yo me muestro lealmente apasionada como mujer honrada, cuando debía emplear esos manejos y artificios de comediante de provincias. Yo estoy ebria de amor porque tengo por marido á uno de los hombres más encantadores de

Francia, y cuando le digo sencillamente que es elegante, que sus movimientos son graciosos y que es guapo, hago mal, porque, para agradarle, debía volver la cabeza con fingido horror y decirle que su distinción resulta de su aire enfermizo, de su aspecto de tísico, alabándole, en cambio, las espaldas del Hércules Farnesio, encolerizándole y ofendiéndole como si necesitase de una lucha para ocultar en el momento de la dicha algunas de esas imperfecciones que pueden perjudicar el amor. Tengo la desgracia de admirar las cosas hermosas, sin pensar en realzarme un poco mediante la crítica amarga y envidiosa de todo lo que respira belleza. Yo no necesito que Canalis y Nathan me digan en verso y en prosa que poseo una inteligencia superior. ¡Ah! ¡si yo hubiese corrido el mundo como *ella* y si hubiese dicho como *ella*: «¡Te amo!» en todas las lenguas de Europa, me vería alagada, adorada y tomaría parte en el festín macedónico de un amor cosmopolita! Nunca agradecen las ternuras más que cuando se ponen de relieve con maldades. En fin, yo, mujer noble, me veo precisada á instruirme en todas las impurezas y en todos los cálculos de las rameras... ¡Y Calixto se deja engañar por esos artificios!... ¡Oh madre mía! ¡Oh Clotilde! me siento herida de muerte. Me encuentro sin defensa contra el dolor y amo á mi marido con locura, cuando, para recobrarle, debía mostrarme indiferente.

—¡Tonta!—le dijo Clotilde al oído,—haz como que quieres vengarte.

—No, quiero morir irreprochable y sin apariencia de culpa—respondió Sabina.—Nuestra venganza debe ser digna de nuestro amor.

—Hija mía—le dijo la duquesa,—una madre debe ver la vida con más sangre fría que tú. El amor no es el fin, sino que es un medio, y no vayas tú á imitar á la baronesa de Macumer. La pasión excesiva es infecunda y mortal. Por otra parte, Dios nos envía las aflicciones con conocimiento de causa... Ahora que está arreglado el casamiento de Atenais, podré ocuparme de ti. He hablado ya de la crisis que atraviesas con tu padre, con el duque de Chaulieu y con Ajuda, y buscaremos el medio de traer á Calixto á buen camino.

—Tratándose de la marquesa de Rochefide, no ofrecerá grandes dificultades, porque acostumbra á conservar poco tiempo á su lado á sus adoradores—dijo Clotilde sonriendo á su hermana.

—Ajuda, ángel mío—repuso la duquesa,—ha sido cuñado del señor de Rochefide... Si nuestro querido director espiritual aprueba los manejos que pienso llevar á cabo para poner en práctica al plan que sometí al juicio de tu padre, puedo garantizarte la vuelta de Calixto. Mi conciencia siente repugnancia en servirse de semejantes medios, y quiero consultarlos con el abate Brossette. Hija mía, no esperaremos á que estés *in extremis* para correr á auxiliarte. Ten esperanza. Tu pena es tan grande esta noche, que se me escapa el secreto; pero, en fin, no puedo menos de darte alguna esperanza.

—¿Causará eso alguna pena á Calixto?—preguntó Sabina mirando á la duquesa con inquietud.

—¡Oh! ¡Dios mío! ¿seré yo tan tonta como ella?—exclamó sencillamente Atenais.

—¡Ay hermana mía! ¡qué poco conoces las pendientes por donde nos precipita la virtud cuando se deja guiar por el amor!—exclamó Sabina al ver la admiración de su hermana.

Esta frase fué dicha con una amargura tan penetrante, que la duquesa, iluminada por el acento, por el tono y por la mirada de la baronesa de Guenic, creyó que su hija le ocultaba alguna nueva desgracia.

—Hijas mías, son ya las doce, retiraos—dijo la duquesa á sus dos hijas, cuyos ojos se animaban.

—¡Cómo! ¿también yo estoy de más aquí, á pesar de mis treinta y seis años?—preguntó burlescamente Clotilde.

Y mientras que Atenais abrazaba á su madre, ella se aproximó á Sabina y le dijo al oído:

—Ya me dirás lo que hay... Mañana iré á comer contigo. Si mi madre tiene escrúpulos de conciencia, yo te arrancaré á Calixto de las manos de los infieles.

—Y bien, Sabina—dijo la duquesa llevando á su hija á su dormitorio,—veamos, ¿qué hay de nuevo, hija mía?

—Mamá, ¿estoy perdida!

—Y ¿por qué?

—He querido sobrepujar á esa horrible mujer, he vencido, estoy embarazada y Calixto está enamorado de tal modo, que preveo un completo abandono. Cuando *ella* sepa la infidelidad que le ha hecho, se pondrá furiosa. ¡Ah! ¡he sufrido demasiadas torturas para poder resistirle! Conozco cuando Calixto va á su casa por su alegría, y cuando vuelve de ella por su tristeza. En fin, él no disimula ya y me hace ver que

le soy insoportable. Esa mujer tiene sobre él tal influencia, que ya verás cómo le exigirá, como precio de alguna reconciliación, un abandono público, una ruptura del mismo género que la suya, y cómo me lo llevará acaso á Suiza ó á Italia. Empieza á encontrar ridículo el no conocer Europa, y yo creo adivinar lo que significan sus palabras. Si Calixto no está curado dentro de tres meses, no sé lo que ocurrirá... ¡Me mataré!

—¡Desgraciada! ¿y tu alma? El suicidio es un pecado mortal.

—Esa mujer es capaz de darle un hijo, y ¡si Calixto amase más al de esa mujer que á los míos!... ¡Oh! ¡mi paciencia y mi resignación se han agotado!

Y esto diciendo, se dejó caer sobre una silla: había comunicado los últimos pensamientos de su corazón, no tenía dolor alguno oculto; y el dolor es como ese alambre que los escultores colocan en el interior del yeso para que lo sostenga.

—Vamos, vuélvete á casa, hija mía. Al ver que es para evitarte tantas desgracias, acaso el cura me dará la absolución de los pecados veniales que las astucias del mundo nos obligan á cometer. Déjame, hija mía—dijo arrodillándose en un reclinatorio,—voy á rogar por ti á Nuestro Señor y á la Virgen Santa. Adiós, Sabina querida; si quieres que todo salga bien, no olvides ninguno de tus deberes religiosos.

—Madre mía, nuestro triunfo sólo servirá para salvar la familia. Calixto ha muerto en mí el santo fervor del amor hiriéndome en todo, hasta en mi dolor. ¡Qué luna de miel a mía, que estubo amargada ya por la idea de un adulterio retrospectivo!

Al día siguiente, á eso de la una de la tarde, uno de los curas del arrabal Saint-Germain, designado para uno de los obispados vacantes en 1840, asiento rechazado tres veces por él, el abate Brossette, que era uno de los sacerdotes más distinguidos del clero de París, atravesaba el patio del palacio de Grandlieu con paso que hay que llamar eclesiástico; de tal modo denota la prudencia, la calma, el misterio, la gravedad y hasta la dignidad mismas. Aquel hombre, pequeño y delgado y de unos cincuenta años, tenía una cara blanca como la de una vieja, ajada por los ayunos del sacerdote y surcada por todos los sufrimientos que él se proporcionaba. Dos ojos negros, ardientes de fe, pero suavizados

por una expresión más misteriosa que mística, anunciaban aquella faz de apóstol. Desconfiaba tanto de la enormidad de las cosas que quería consultarle su oveja, que al subir los peldaños de la escalinata exterior iba sonriéndose; pero la prodigalidad de la duquesa para las limosnas valía bien el tiempo que sus inocentes confesiones robaban á los asuntos serios de la parroquia. Al oír que anunciaban al cura, la duquesa se levantó y dió algunos pasos hacia él por el salón, distinción esta que no concedía ella más que á los cardenales, á los obispos, á los sacerdotes, á las duquesas de más edad que ella y á las personas de sangre real.

—Mi querido abad—le dijo designándole un sofá y hablándole en voz baja,—necesito sus consejos antes de aventurarme á una malvada intriga, de la cual debe resultar un gran bien.

—Señora duquesa—respondió el abate Brossette,—no mezcle usted las cosas mundanas con las espirituales, que son las más de las veces inconciliables. Pero, veamos, ¿de qué se trata?

—Mi hija Sabina se muere de pena porque su esposo la abandona por la marquesa de Rochefide.

—Eso es atroz, eso es grave; pero ya sabe usted lo que dice sobre este punto nuestro querido san Francisco de Sales. En fin, acuérdesese usted de la señora de Guyón, que se lamentaba de la falta de misticismo en las pruebas del amor conyugal, y que se hubiera considerado muy feliz viendo á su marido en brazos de una señora Rochefide.

—No, Sabina se muestra cariñosa y es en un todo la esposa cristiana; pero no tiene afición alguna al misticismo.

—¡Pobre mujer!—dijo maliciosamente el cura.—Y ¿qué ha pensado usted para remediar esa desgracia?

—Querido director, he cometido el pecado de pensar en soltar á la señora de Rochefide un caballereito guapo, voluntario y lleno de buenas cualidades, que seguramente hará que despida á mi yerno.

—Hija mía—dijo el sacerdote acariciándose la barba,—aquí no estamos en el tribunal de la penitencia y yo no he de tratarla como juez severo. Desde el punto de vista mundano, declaro que eso me parece decisivo.

—Es que á mí me pareció verdaderamente odioso el hecho—repuso la duquesa.

—Y ¿por qué? Es claro que el deber de una cristiana es

retirar á una mujer perdida de la mala senda, y no empujarla hacia adelante; pero cuando la culpable se encuentra tan lejos del buen camino como la señora de Rochefide, entonces no es el brazo del hombre el que guía á esas pecadoras, sino el brazo de Dios, y necesitan castigos muy duros.

—Padre mío—repuso la duquesa,—le doy las gracias por su indulgencia; pero he pensado que mi yerno es valiente y bretón, y así lo probó cuando la algarada de la pobre SEÑORA. Ahora bien, si el aturdido joven que se encargue de hacer el amor á la señora de Rochefide se encontrase con Calixto, podría resultar un duelo.

—Señora duquesa, las palabras de usted me muestran que es usted previsora y prueban que en esas sendas tortuosas siempre se encuentran obstáculos.

—He descubierto un medio de hacer un gran bien: de retirar á la señora de Rochefide de la senda fatal en que se encuentra, de devolver su esposo á Sabina y acaso de salvar del infierno á una pobre oveja descarriada.

—Pero, entonces, ¿para qué me consulta usted?—dijo el cura sonriéndose.

—¡Ah!—repuso la duquesa,—es que hay que cometer acciones bastante feas.

—¿Quiere usted robar á alguien?

—Al contrario, la cosa no costará mucho dinero.

—¿No calumnia usted á nadie? ¿No...?

—¡Oh!

—¿No perjudica usted á su prójimo?

—¡Caramba! no lo sé.

—Veamos su nuevo plan—dijo el sacerdote con curiosidad.

—Si, en lugar de sacar un clavo con otro clavo, pensaba en mi reclinatorio después de implorar á la Virgen Santa que me iluminase, hiciese que la señora de Rochefide despidiese á Calixto y le persuadiese de que volviese á su hogar; en lugar de obrar el mal para operar el bien de mi hija, haría un bien por otro bien.

El cura miró á la portuguesa y quedóse pensativo.

—Indudablemente, la idea le ha sido á usted sugerida de un modo que...

—¡Oh! ya le he dado las gracias á la Virgen—repuso la buena y humilde duquesa,—y, sin contar la novena, he hecho voto de dar mis doscientos francos á una familia pobre si

salgo airosa en mi empresa. Cuando le comuniqué este plan á mi marido se echó á reír y me dijo: «¡Palabra de honor que las mujeres debéis tener un diablo en el cuerpo á vuestra edad!»

—El señor duque ha dado, como marido, la respuesta que yo le iba á dar cuando usted me ha interrumpido—repuso el sacerdote no pudiendo menos de sonreír.

—¡Ah! padre mío, si aprueba usted la idea, ¿aprobará los medios de ejecución? Se trata de hacer en casa de una tal señora de Schontz, que es una Beatriz del arrabal de San Jorje, lo que quería hacer en casa de la señora de Rochefide para que el marqués vuelva á unirse á su mujer.

—Estoy seguro de que usted no puede hacer nada malo—dijo graciosamente el cura sin querer saber ya nada más.—Y si en lugar de dar á esa señora de la calle de San Jorje una nueva ocasión de escándalo, ¿le procurase usted un marido?

—¡Ah! mi querido director, usted ha rectificado la única cosa mala que tenía mi plan. Es usted digno de ser arzobispo, y espero que no he de morirle sin decirle Su Excelencia.

—No veo en todo esto más que un inconveniente—repuso el cura.

—¿Cuál?

—Que la señora de Rochefide siga conservando al barón después de unirse á su marido.

—Eso corre de mi cuenta—dijo la duquesa.—Cuando se arman pocas intrigas, se hacen las cosas bien.

—Al contrario, mal, muy mal—repuso el sacerdote,—porque la costumbre es necesaria para todo. Procure aliarse con alguno de esos sujetos que viven en la intriga, y que la dirija él, sin mezclarse usted para nada.

—¡Ah! señor cura, sirviéndonos del infierno, ¿estará el cielo con nosotros?

—Ahora no está usted confesándose—repuso el abad;—salve usted á su hija.

La buena duquesa, encantada de su sacerdote, lo acompañó hasta la puerta del salón.

Como se ve, una tormenta se cernía sobre la cabeza del señor de Rochefide, el cual gozaba en este momento de la mayor suma de dicha que puede desear un parisiense, siendo tan marido de la señora de Schontz, como podía serlo de